

El Cristo Oculto del Hinduísmo

Segundo Galilea

Al bajar por las anchas escalinatas que conducen al río, debo abrirme camino cuidadosamente por entre un sinnúmero de agonizantes, muchos de ellos ya cadáveres, que literalmente cubren los escalones. Todos están muy pobremente vestidos, algunos sólo cubiertos con un trapo blanco. Muchos están solos, a la espera de su muerte inminente; otros tienen a su lado a algún acompañante, seguramente algún familiar, que mira al río con rostro inescrutable, musitando una oración.

No estoy en un campo de batalla fluvial después de una masacre. Tampoco estoy en un hospital al aire libre. Me encuentro en las orillas escalonadas del Ganges, el río sagrado de los hindúes, en la densa y fascinante ciudad de Varanasi (Benarés), la Roma del hinduismo. Los cadáveres que me rodean han sido traídos por deudos y amigos desde los cuatro puntos cardinales de la India, para morir y ser luego entregados a las aguas del río sagrado, prefigurando su liberación con Dios después de la muerte. En ningún otro lugar de la tierra he visto enfrentar la muerte con tal tranquilidad y pasividad; en ningún otro lugar he visto tratar a los muertos con tal normalidad y desapego. En Benarés, la muerte es rutina y forma parte del paisaje religioso y humano de la ciudad.

Son las seis de la ya calurosa mañana y el Ganges comienza a poblarse con la multitud de peregrinos que se sumergen en el río para rezar y practicar sus ritos de purificación por el agua. Para ellos el agua del Ganges a su paso por Benarés es fuente de purificación y de vida, aunque tan sólo en la orilla que bordea la ciudad. La orilla opuesta es un desierto estéril y deshabitado, símbolo del mal, de la ausencia de Dios y desacralización.

Me quedo observando a las gentes durante el tiempo que toman sus ritos (alrededor de media hora), y regreso al convento de las Hermanas de Foucauld, donde, a mi vez, tengo que celebrar con ellas el rito de la Eucaristía. Tomo el camino largo que recorre la parte más poblada de la ciudad sagrada, donde los santones y ascetas se mezclan con los mendigos, donde centenares de lugares de culto y oración de todas las sectas del hinduismo congregan a abigarradas multitudes de místicos y de desposeídos. A cada paso vendedores callejeros me asaltan ofreciéndome velas: esa noche se va a clausurar, con una gran procesión de lanchas en el río, la Fiesta de las Luces ("Divali"), una de las más populares de los hindúes, que transcurre durante nueve días cada octubre del año.

El agua purificante del Ganges, los ritos de difuntos que acabo de presenciar, los peregrinos y la procesión de las luces, los pobres orando

en silencio en los templos, me traen a la memoria a cada momento el catolicismo popular latinoamericano. El terreno común de los gestos y símbolos religiosos lo hacen muy similar, por lo menos en apariencia, al hinduismo popular. De alguna manera en Benarés me siento en casa. Esta experiencia la he podido confirmar más tarde con otros misioneros católicos: a pesar de su politeísmo y panteísmo, que comparten 500 millones de seres, y a pesar de otras graves diferencias, en experiencia de muchos, el hinduismo es la religión no cristiana donde un católico se siente menos extranjero.

Más tarde, terminada la Eucaristía en la capillita de las Hermanas, donde hemos celebrado con velas, vestimentas y otros signos indo-católicos, y donde hemos "bebido sangre de Dios" (como dicen los hindúes), me quedo meditando sobre la significación de lo que he visto en la mañana. ¿Qué quiere decir todo esto desde la fe cristiana? ¿Qué valor tiene el ritual misterioso del río, cuyas aguas son fuente de vida y de liberación del mal y de las esclavitudes de la condición humana para los que ahí van a morir o a purificarse? ¿Qué tiene que ver con la vida plena del Reino de Dios que acabo de celebrar: con la liberación del pecado que Cristo nos comunica también por el agua y por la sangre? ¿Qué humanización y qué vida religiosa puede transmitir el hinduismo: es una vida y liberación ultraterrena, haciendo de la vida presente una ilusión o una alienación? Todos esos millones de seres, durante dos milenios y medio (desde unos quinientos años antes de la venida de Cristo), han venido practicando una religión que para muchos no es propiamente religión, pues lo religioso abarca todo, y es inseparable de lo secular y profano: una religión sin organización, prácticas y doctrina común, sin un Dios único, y constituida sobre todo por un firmamento de sectas que tienen en común sus orígenes indostanos, una sabiduría filosófico-religiosa y el camino eterno hacia el Absoluto ("sanatana dharma"), por la renuncia. Una religión tolerante, que considera todas las religiones buenas, abrazadas por el hinduismo como "la religión del camino eterno".

Al preguntarme sobre el valor de liberación y plenitud de vida del hinduismo, y sobre la relación vital de los hindúes con el Dios de Jesucristo, me doy cuenta que me estoy planteando una pregunta "teológica" (en el sentido más puro de la palabra) fundamental: el sentido cristiano no sólo del hinduismo, sino de todas las religiones no cristianas, tengan o no origen antes o después de Cristo. De modo análogo es preguntarse sobre el valor evangélico de las formas sincretistas-católicas que hallamos en tantas regiones de América, o aun preguntarse por la interpretación pastoral de las expresiones más extremas del catolicismo popular; es imposible sumergirse en la India sin redescubrir desde el otro extremo, es del hinduismo y no el de la fe cristiana al que estamos habituados, la religiosidad latinoamericana.

Parto de la base que toda religión por el hecho de serlo es sustancialmente liberadora, a lo menos parcialmente. Religión en el significado propio de la palabra, como la experiencia que relaciona con Dios como sustento, fuente y fin de la humanidad. Magia, superstición o simple relación con los espíritus ya no son experiencias liberadoras ni religiosas.

A pesar de que estas actitudes pululan en el hinduismo popular; a pesar de su politeísmo y panteísmo (por lo menos aparentemente y tomando las sectas en su conjunto); a pesar de la idea popular de la reencarnación, y de su dualismo y pesimismo larvados, descubrimos ahí la sustancia de la religión: el camino hacia el Absoluto como liberación del hombre. Y a pesar de las ambigüedades y aun aberraciones que para un cristiano pueda presentar el hinduismo popular, estoy obligado, como misionero, a preguntarme qué ha hecho Dios, y qué está haciendo Dios ahora en el hinduismo.

Para mí sería incomprensible que el Dios rico en misericordia de nuestra fe hubiera abandonado a una ilusión invencible a esos pueblos durante milenios. El Verbo de Dios que "ilumina a todo hombre que viene a este mundo", y que por su Espíritu "hace nuevas todas las creaturas" y "renueva la faz de la tierra", y que "quiere que todos los hombres se salven" ha estado activamente presente desde el inicio en el desarrollo de todo lo que tiene el hinduismo de experiencia de Dios, de liberación interior y de sabiduría. El Espíritu Santo ha iluminado a esos pueblos por la vía religiosa, comunicándoles una sabiduría que desborda la pura reflexión filosófica, y ayudándolos a descubrir un camino de renuncia al mal y de encuentro con Dios. La vida abundante que Cristo trajo para todos está también latente en el hinduismo, donde Cristo mismo es protagonista escondido, el "Dios desconocido" a que se refería San Pablo.

La enseñanza del último Concilio sobre las religiones no cristianas adquiere un valor dramático en esta ciudad santa de la India, donde el mismo Buda comenzó su predicación algunos siglos antes de la encarnación de Dios: que esas religiones no sólo son salvadoras subjetivamente para las personas que con buena conciencia buscan en ellas la redención de sus vidas, sino que también objetivamente, como estructura religiosa, ofrecen medios válidos de santificación por la fuerza del Espíritu, objetivamente actuante. La misma persistencia del hinduismo a través de los siglos, en medio de cambios y de conquistas, a pesar de sus múltiples divisiones y sectas, y de la falta de estructuras de autoridad religiosa unitaria, me habla de algo que Dios ha querido mantener por amor a un pueblo que aún no fue tocado masivamente por el Evangelio.

Por otra parte, también estoy convencido, como cristiano, que el hinduismo y las demás religiones, e incluso —en otro nivel— la religión revelada al pueblo elegido en el Antiguo Testamento, han quedado "canceladas" con la venida de Cristo y su continuación que es la Iglesia. El cristianismo es el lugar de convergencia y de plenitud de toda experiencia religiosa, el lugar donde la salvación se hace decisiva. Pero esta afirmación fundamental, de que el Evangelio de Jesús es el único absoluto, ha requerido y requiere todavía mucho tiempo para que sea conocida y aceptada por todos los pueblos y culturas. Mientras tanto, ¿qué sucede con las multitudes de Asia? ¿Cuál es su "antiguo testamento", a la espera de la fe evangélica, y que los prepara para esa fe, así como la antigua ley preparó al pueblo judío para la experiencia cristiana? Al respecto, veo una cierta analogía entre el Antiguo Testamento y el hinduismo, aunque este último no sea propiamente una religión revelada. Pero la

analogía me parece válida, pues la revelación bíblica antes de Jesús estuvo limitada sólo al pueblo escogido, y Dios no puede haber abandonado al resto de la humanidad a sí misma. Por eso pienso que el hinduismo ejerció y ejerce en la India la función religiosa, insuficiente para un cristiano, pero provisoriamente válida para un hindú, que la ley y el ritual de Moisés y los profetas ejercieron en el pueblo judío.

No todo era liberador ni santificador en la situación concreta de la religión veterotestamentaria, lo cual era bien notorio en tiempos de Jesús. Infidelidades, rechazo de profetas, interpretaciones decadentes y exteriores de la experiencia religiosa, sectarismos, divisiones, nacionalismos, etc., hicieron de esa religión una mezcla del trigo de Dios y de la cizaña de la decadencia humana. Sólo la Iglesia recibiría en el futuro la garantía de una integridad y fidelidad sustancial por el Espíritu. Por eso no me sorprenden las confusiones, las decadencias e incoherencias, las insuficiencias y las aberraciones (v.gr., el sistema de castas), que constituyen la ambigüedad del hinduismo tal cual se da en concreto, más allá de cualquiera consideración de mentalidad o de cultura orientales. Para mí, los místicos y "gurús" de Benarés no son sólo una preparación evangélica del Cristo desconocido entre los hindúes, sino que requieren también evangelización. La Iglesia nunca podrá desentenderse de la evangelización de la India (y del Asia, por el mismo concepto), por muy auténtica y profundamente religioso que sea su pueblo.

¿Pero cómo? ¿Qué hacer para evangelizar el hinduismo místico, milenarista, hondamente arraigado en una cultura refinada y secular? Es cierto que el cristianismo, aunque muy minoritario, tiene una larga tradición, que en el Kerala pasa por ser Apostólica, que es muy fuerte su espiritualidad y que genera un número increíble de vocaciones a la vida consagrada. Pero el número de conversiones al cristianismo es reducido, a lo menos por ahora. ¿Cómo evangelizar al hinduismo, que más que religión es sistema y camino de vida, cultura y espiritualidad? ¿Cómo evangelizar respetando y aprendiendo de todo lo que hizo Dios en esa cultura mística?

Seguramente tenemos que pensar en la misión, en este caso como en otros, como diálogo ecuménico entre religiones, cristianismo e hinduismo. Se evangeliza no sólo cuando se lleva a conversiones (con lo cual no se minimiza la importancia permanente de entregarse a Jesús en su Iglesia), sino también se evangeliza cuando el cristianismo y sus valores influyen en otra religión o en las valoraciones de una cultura. Con ello el cristianismo también se aculturiza y enriquece con lo que Dios ha hecho a través del tiempo en otra religión.

En primer lugar, pienso que el cristianismo aporta a la cultura hindú su mayor valor, que es debilidad en el hinduismo: la caridad fraterna. En este punto, el hinduismo aparece una religión de intimidad individualista, donde cada uno busca a Dios en soledad y donde la liberación es exclusivamente la identificación de la persona con el Absoluto. En la misma línea, el cristianismo está llamado a moderar el radical pesimismo hindú ante la creación y a introducir el principio de la superación humana ante las injusticias, miserias y alienaciones de la sociedad. Ante una

pasividad y especie de fatalismo ante el mundo y la sociedad tal cual es, el hinduismo propone elevarse sobre ella por la renuncia ascética; el cristianismo, en cambio, con su idea del Reino de Dios que hay que anticipar por una vida que es eterna pero que hay que encarnarla en la historia, puede ayudar al hinduismo a hacerse más "histórico" y presente en las opresiones humanas para complementar su mística con tareas históricas de justicia y caridad.

¿Ha influido de hecho el cristianismo en el hinduismo? Mis amigos sacerdotes y teólogos indios (católicos) me dicen que sí. Siempre hubo reformadores hindúes que acentuaron la dimensión fraterna de la religión, pero modernamente esto se ha hecho más notorio. La figura y la obra de Gandhi, como ejemplo clásico, tan arraigada en la mejor tradición mística del hinduismo elitista, no se comprende totalmente sin la influencia de la espiritualidad del Evangelio, que él conocía y admiraba.

A su vez, el hinduismo puede ayudar al cristianismo de Occidente a mantener y aun a rescatar valores susceptibles al eclipse, por las presiones del materialismo y la secularización occidental. El valor del absoluto de Dios y de lo relativo del mundo; el valor de la renuncia en la vida cristiana como camino de liberación y de disposición para la contemplación. En otro orden de cosas, el valor de la no-violencia en las relaciones humanas y sociales: la no-violencia es inseparable de la experiencia religiosa hindú, y no es una casualidad que Gandhi era hindú.

El valor de la sabiduría, de la poesía y de los símbolos en la experiencia religiosa es esencial al hinduismo, sobre todo en sus versiones populares, y en esto tiene mucho de común con el cristianismo popular.

Al atardecer de ese día, cuando el sol está por desaparecer como un gigantesco globo rojo en la ribera estéril del Ganges, concurre con otros peregrinos a la procesión de las luces. Ante ese espectáculo fascinante y misterioso uno comprende mejor la atracción que ejerce actualmente en los países ricos de Occidente la sabiduría mística hindú, y sus técnicas espirituales y contemplativas. Personalmente, y como cristiano, no tengo inconveniente en leer las narraciones del Gita o de los Vedantas, y en admirar la concentración de los "yogis"; pero más que nada la experiencia de la India me ha provocado siempre el deseo de conocer mejor los grandes místicos del cristianismo y de penetrar su sabiduría evangélica ante el misterio de la vida y de la muerte, la felicidad y la liberación.

Al regresar ya de noche al convento de las Hermanas, evitando molestar a la gente que duerme en las escalinatas del río y en la calle, pienso que al final de cuentas la gran inspiración que me ofrece el hinduismo es descubrir a Dios de una nueva manera y hacerme mejor cristiano.